

ANTONIO GARCIA VERDÚCH (*)



Encima y debajo de las alfombras

En estos días nos ha sorprendido la noticia de la dimisión de un alto dignatario del Banco de Inglaterra. Parece ser que su dimisión ha sido motivada por el uso indecoroso que hizo de la alfombra de un importante despacho bancario, contando con una oportuna complicidad femenina.

Las alfombras se han utilizado, tradicionalmente, para cubrir los pisos de las habitaciones, buscando el abrigo y el adorno y, como es natural, para que sobre ellas se apoyen los pies de damas y caballeros, y las patas de los muebles.

Ahora bien, estos son los usos genuinos que se han aceptado universalmente hasta ahora, pero la imaginación humana, que es fértil y creadora, ha desbordado los límites de lo razonable, y ha descubierto nuevas y espurias aplicaciones de las alfombras.

Así, por ejemplo, los ingleses han descubierto que la vulgaridad de apoyar los pies sobre ellas, puede transmutarse en una aplicación mucho más placentera, con sólo cambiar de posición y hallar nuevos modos de apoyo corporal.

Los españoles, por nuestra parte, sentimos otra curiosa predilección, que consiste en utilizar las alfombras no por su cálida y acogedora blandura sino por su conocida opacidad, que permite ocultar cualquier cosa que se coloque debajo de ellas. Así ocurre, por ejemplo, con las barreduras, que pueden ser ocultadas cómodamente bajo las alfombras, en vez de ser llevadas al cubo de la basura.



En resumen: los ingleses envilecen las alfombras colocando sobre ellas lo que no deben, y nosotros, los españoles, las degradamos colocando debajo de ellas, para su ocultación, lo que, razonablemente, debería estar en el basurero.

¡Ay, alfombras, alfombras! ¡Qué útiles os habéis convertido para los impudicos! ¿Cuándo podréis recuperar vuestros usos genuinos? ¿Cuándo podréis tener sobre vosotras, solamente los pies, y no otras partes del cuerpo más pudendas? ¿Cuándo llegará el día en que podáis tener debajo de vosotras, solamente suelo, suelo limpio, y no indecencias de la más variada clase y condición?

Según las noticias existentes, parece ser que los ingleses encumbrados, cuando son sorprendidos mancillando la superficie superior de las alfombras, se avergüenzan tanto de ello, que sienten la urgente necesidad de presentar la dimisión de sus cargos, para lavar sus culpas.

En nuestro país, por el contrario, nos regimos por

otros criterios bien distintos, porque estamos convencidos de que dimitir supone dejar de sujetar la alfombra, y abrir una brecha a la investigación de lo que oculta. De acuerdo con estos temores, nuestra clase gobernante siente una instintiva repugnancia a dimitir de sus cargos, porque sabe que cada persona que dimite deja una porción de alfombra sin sujetar, y un flanco de sus filas sin cubrir, creando con ello una brecha en la fortaleza.

Por la sola contemplación de la inmundicia que rezuma bajo los bordes de la alfombra, las gentes han intuido lo mucho que aún puede ocultarse debajo de ella y, en consecuencia, se han reafirmado en su derecho a conocer con minuciosidad qué es lo que allí ha ido almacenando la clase gobernante a lo largo de muchos años.

La gran alfombra nacional ha despertado una viva curiosidad en el pueblo español, y también en otras muchas gentes de allende nuestras fronteras. Y esta curiosidad no podrá ser sa-

tisfecha mientras la clase gobernante, colectivamente, se mantenga sentada sobre ella, para evitar que se alce.

La clase gobernante sabe que, en ese titánico esfuerzo por sujetar la alfombra contra el suelo, no sobra nadie de sus filas, y que todos son imprescindibles. En consecuencia, nadie debe dimitir y nadie debe aflojar. La unión y la ayuda mutua son ahora más necesarias que nunca. Todos deben estar unidos como una piña, porque saben que el que se suelte y pierda su condición de aforado, será llevado por la corriente y acabará vaya usted a saber dónde.

¡Qué envidia sentimos los españoles por las alfombras inglesas! Sobre ellas, las buenas gentes se rejuvenecen y sienten con más plenitud el vigorizante estímulo de la nueva primavera.

La gran diferencia que existe entre las alfombras inglesas y las españolas es que, sobre las primeras, pugna por florecer la vida, mientras que, bajo las nuestras, se ocultan -confundidos con la inmundicia- esqueluznantes restos humanos esqueletizados.

Sobre las alfombras inglesas se aspira el perfume de la vida, y bajo las nuestras hiede la putrefacción y la muerte.

(*) Profesor de Investigación